

Manuel José Gálvez

Jorge Luis Maldonado



Quiero decir algunas palabras para recordar a Manolo y transmitir aspectos de su vida a quienes lo conocieron y a sus numerosos amigos que tantas veces se interesaron y me preguntaron por la evolución de su estado de salud.

Nos conocimos durante nuestra adolescencia, cuando él iba a Córdoba con su familia durante los veranos de antaño, y nos volvimos a encontrar tiempo después, durante nuestra formación como analistas, inicialmente en APA y luego en APdeBA. Fue entonces, hace

muchos años, cuando reiniciamos nuestra amistad, ya adultos, que para ambos fue de gran valor.

Manolo vivió su infancia en un medio culto, en la casa de sus abuelos paternos, ambos filósofos y escritores, de quienes pudo extraer, decantar e incorporar aspectos de su vasta cultura. Cursó la carrera de medicina egresando con diploma de honor y al concluirla emprendió un largo viaje por Europa y los países de Oriente hasta llegar a la India, donde permaneció un tiempo considerable, fascinado por las características exóticas y admirables de esa cultura.

De las diversas condiciones de su persona en cuanto a su actividad institucional importa mencionar que fue un integrante significativo de una generación que condujo APdeBA, y que le dio el destacado lugar en el mundo que ahora ocupa. La personalidad de Manolo fue altamente determinante para el desarrollo positivo de nuestra institución. Su influencia sobre el imaginario grupal fue transmitida por él de múltiples formas, pero, esencialmente, mediante las manifestaciones de su hombría de bien. Cuatro condiciones resaltaban en su persona: saber, talento, temple y prestigio.

Tenía un conocimiento amplio de la actividad institucional que había adquirido desde el desempeño de su función de Vicepresidente, de Secretario Científico y luego de Director del Instituto de Psicoanálisis; siempre estuvo interesado por la evolución de las sociedades psicoanalíticas y del psicoanálisis en tanto disciplina. Había advertido, con cierta preocupación, que diversos problemas institucionales derivan de conflictos transferenciales que perduran cuando éstos no han adquirido adecuada resolución. Manolo pensaba que estos conflictos tienen profunda repercusión sobre la vida institucional y que, a veces, la relación de sus miembros con el propio analista es homologada con la institución misma. Cuando diversas circunstancias generan la ausencia del analista, esta ausencia provoca en sus discípulos un efecto de vacío que resulta difícil de colmar. Si este acontecer no es oportunamente detectado tiende a generar en sus miembros estados de aislamiento y retracción o a producir el abandono de la pertenencia institucional.

Corresponde también mencionar la importancia de su actitud combativa en contra del prejuicio. Le preocupaba el modo en que la contaminación de las ideas por prejuicios de diversa naturaleza puede afectar la positividad de los vínculos entre sus integrantes. Lamentaba cuando escuchaba juicios de valor de carácter peyorativo dirigidos contra personas, acontecimientos o grupos humanos, que eran expresados en forma fehaciente y con certeza, pero sostenidos sin fundamentos válidos o sin dar lugar a su eventual refutación.

Manolo era altamente valorado por quienes lo conocieron y también por sus colegas. Apreciaban su capacidad de comprometerse con las actividades que emprendía, como también, su facultad de sostener ideales y de ser consecuente con los mismos. La disciplina psicoanalítica era uno de sus ideales.

Una de sus virtudes residía en su disposición a preservar el secreto hasta el extremo -condición tan esencial para nuestra función de depositarios de bondades, cualidades e infortunios de nuestros semejantes. Sabía que la información que recibía durante su actividad profesional no le pertenecía y que esa información debía mantenerla sólo para sí. Tenía un claro concepto de la importancia del malestar y también del perjuicio que el resquebrajamiento del secreto puede causar entre los miembros de una institución.

Quiero destacar la valiosa ayuda que significó para Manolo la presencia de Mónica, su mujer. Lo fue a lo largo de su vida y en su desarrollo como hombre. La compañía constante de Mónica y la dedicación que tuvo hacia él en los momentos de mayor gravedad de su salud requiere el pleno reconocimiento y valorización de nosotros, sus amigos.

Manolo y Mónica crearon una familia de varios hijos. Constituyen un grupo que transmite alegría y tienen una impronta que los caracteriza, que consiste en la solidaridad entre ellos y hacia el otro, en la facultad de prestar ayuda cuando alguien la necesita. Es ésta una virtud que en ellos se destaca, que los distingue como familia y que sabrán mantener.

Tengo el recuerdo de nuestra amistad como una experiencia auténtica que se fue forjando a lo largo del tiempo, cuando nos reuníamos para discutir, reír o conversar sobre el psicoanálisis, sobre el ser humano o sobre las diversas incógnitas que la vida nos presenta. Recuerdo también las intensas tardes en que nos reuníamos para redactar los diversos escritos que confeccionamos juntos y que presentamos o publicamos en distintos medios. Fue parte de nuestra amistad la posibilidad de aprender a reconocer y señalar nuestros mutuos aciertos, como también ayudarnos a corregir nuestros respectivos errores. Los que fuimos sus amigos sabemos cuán difícil es sobrellevar la ausencia de una amistad basada en compartir una visión ética de la vida.

Manolo estaba enfermo desde hacía ya un tiempo, pero falleció de una repentina infección cardíaca que consumió su vida en pocos días. Pude hablar con él tres días antes de su muerte, durante un breve estado de recuperación de la conciencia que los médicos tratantes pudieron rescatar. Fue en ese momento cuando advertí la gravedad de lo que estaba aconteciendo, la condición irreversible de su estado, y comprendí que ese sería nuestro último diálogo, que ya no nos volveríamos a encontrar.

Al concluir estas líneas vuelve a mi memoria la frase de Ernest Hemingway que nos enfrenta con la finitud de la vida: "...no preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti". Sólo puedo transmitir ahora el sentimiento de pesar compartido con muchos otros amigos que conocieron a Manolo y expresar las palabras que, sin poder decirlas, pensé la última vez que nos encontramos, y que sólo se pronuncian por última vez: 'Adiós Querido Amigo'.

